

Sumióse al fin del aire trasparente  
En la infinita y diáfana distancia,  
Dejando en pos suavísima fragancia  
Y rastro de impalpable claridad.  
Y al volver á su celda Margarita  
Volviendo á sus afanes de tornera,  
Tendió los ojos por la limpia esfera  
Y no halló ni vision, ni tempestad.  
Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle,  
Y al vital resplandor de su bugia,  
Aun encontró la imágen de María,  
Y sus flores aun sin marchitar.  
Y á sus piés despidiéndose del mundo  
Que en vano su alma devorar espera,  
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA  
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA.

### APÉNDICE A MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA BAILARINA.

#### I.

A deshora de una noche  
Y á la entrada de una calle  
Nublada y oscura aquella,  
Esta solitaria y grande,  
Aquella escasa de luces,  
Y esta escasa de habitantes  
Pues que sólo entre un convento  
Y un caseron viejo se abre,  
Venía sobre un caballo  
Un hombre que á tientas sabe,  
Sin duda el sitio que pisa  
Pues va sin ver adelante.  
Anduvo cincuenta pasos  
Y del caballo apeándose  
Dió en la puerta dos seguidas  
Aldabadas formidables.  
Sonaron primero en ella,  
Después en las cavidades

De lo interior retumbaron  
Y al fin las devoró el aire.  
Pasaron tras de los golpes  
De silencio unos instantes,  
Hasta que de una ventana  
Se alumbraron los cristales.  
Apareció detrás de ellos  
Una sombra vacilante  
Al reflejo de una luz,  
Y tras esto desdoblándose  
Las dos hojas de los vidrios,  
Con acento lamentable  
Dijo una vieja ¿quién llama?  
Y el que llamó dijo:—¡Abre!  
—Qué quereis?

—Abre demonio

No me conoces? que baje  
Damian por este caballo.  
—¡Él es! Jesucristo valmel!  
Dijo la mujer en lo alto,  
Y la ventana cerrándose  
Abrióse al punto la puerta,  
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba  
De su casa de Palencia  
Sin otro mal ni dolencia  
Que el exceso de su edad,  
Don Gil de Alarcon á solas  
Con su confesor espera  
Su cercana hora postrera  
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen  
La vida y la menoscaban,  
Los dias solo le acaban  
Que ya han pasado por él.  
Que es el tiempo una carcoma  
Que todo á traicion lo mina,  
Y con mano igual arruina  
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia  
Muere don Gil, buen cristiano,  
Aun hay un recuerdo humano  
Que le angustia el corazon:  
Hay una idea rebelde

Con fuerza á su mente asida  
Que lucha, no con su vida,  
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,  
Por quien se afaná viviendo,  
Y por quien llora muriendo  
Y que léjos de él está.  
Y al Dios en quien cree suplica  
Que por piedad le conceda  
Un punto en que verle pueda  
Por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido  
Por su amor y sus virtudes  
Las negras ingratitudes  
Olvida de su don Juan,  
Y darle el último abrazo,  
Darle el último consejo  
Es no mas del pobre viejo  
El acongojado afán.

«Padre, al confesor decia.  
Padre, me acosa una idea.  
—Cuál es?

—Que mi hijo me crea  
Con él airado al morir.  
Nunca otro fin me propuse  
Que su bien y su fortuna,  
¡Mas no hay esperanza alguna!  
En que poder consentir.

En busca de los deleites,  
Mozo á los deleites dado  
Él se partió de mi lado  
Y acaso teme volver.

Acaso teme el enojo  
De su padre que le adora,  
¡Ay Dios! en la última hora  
¿Qué puede de mi temer?

Solo quisiera, os lo juro,  
En este trance tremendo  
Poder echarle muriendo  
Mi paternal bendicion.  
No hay locura que no olvide,  
Dolor que no le perdone,  
Ni recuerdo de él que encone  
La ira en mi corazón.»

Así decia el buen viejo  
De su don Juan acordándose,  
Cuando don Juan arrojándose  
En sus brazos exclamó:  
«Ya estoy aqui, padre mio,  
«Ya estoy ante vos de hinojos;  
«Tornadme padre los ojos  
«O muero de angustia yo.»

Y ambos á dos tiernamente  
Padre é hijo se abrazaban,  
Y ambos á dos sollozaban....  
¡Cosa triste de mirar!  
Lloraba el padre de gozo,  
Lloraba el hijo de duelo,  
El dolor con el consuelo  
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo  
Y le estrechaba asintiendo  
El viejo, que al fin cayendo  
Sin fuerzas le dijo así:  
«Hijo, levanta y escucha  
Mis postrimeros acentos  
Que tengo pocos momentos  
Para disponer de mi.

Sentóse á su lado el hijo  
Y á solas los dos quedando  
Así el padre siguió hablando  
A su fin próximo ya.  
Juan, voy á darte mi última  
Prueba de amor, y quisiera  
Que esta voluntad me fuera  
Bien cumplida.

—Lo será.  
—Tuyo es cuanto yo poseo  
Sin mas condicion que una,  
Y Dios, Juan, te dé fortuna  
Para gozarlo sin mí.  
¿Me juras obedecerme?  
Responde Juan, porque siento  
Que se me arranca el aliento  
¿La cumplirás?

—Padre, sí,  
Por cielo y tierra os lo juro!  
—Pues bien, junto á Torquemada  
En tu herencia vinculada

Una casita hallarás  
Cercada de un huertecillo,  
Allí Juan mi cuerpo entierra  
Y esta casa y esta tierra,  
Juan, no la vendas jamás.

Si algun dia (y nunca llegue)  
Tus dispendiosas locuras,  
O imprevistas desventuras  
Te roban cuanto te doy,  
Ven á mi tumba escondida,  
Que en mi sepulcro al postrarte  
Mi sombra saldrá á ayudarte...  
Y á Dios Juan que á morir voy!  
—Padre!

—Adios, Juan, hijo mio!  
Siento que estoy espirando,  
Adios... y haz lo que te mando  
Porque Dios te ayudará.»  
Y esto dicho inclinó el padre  
Hacia su hijo la cabeza  
Y él la besó con terneza...  
Pero no existía ya.

Tornóse desde este punto  
Aquel oculto aposento  
Solitario monumento  
De un justo que en paz murió.  
Huyóse el alma á los cielos,  
Y el vivo que allí quedaba  
Al Dios se la encomendaba  
Que ante su ser la llamó.

Y ya próximo al ocaso  
El sol del dia siguiente  
Turba enlutada de gente  
Se vió á Palencia volver,  
Y tras de todos un hombre  
Que en pié en mitad del camino  
Quedó el lugar por dó vino  
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra  
Su denso manto tendiendo  
Y á su mirada impidiendo  
La distancia penetrar,  
Apartar le hizo la vista  
De lo que estaba mirando,

Y las espaldas tornando  
Viósele en Palencia entrar.  
Mas todos, desde aquel día  
Al campo este hombre salía  
Y del campo se volvía

Poco antes de oscurecer,  
Y ante las puertas llegando  
Los ojos atrás tornando  
Quedábase atrás mirando  
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,  
Todo muere, se extingue ó se deshace  
El duelo y el placer tienen en tasa  
Del hombre breve en la existencia escasa,  
Flor que se agosta con el sol que nace.  
Queda el dolor un día  
Dentro del corazón mas amoroso  
En lenta y profundísima agonía,  
Pero calma el dolor mas riguroso  
Y el que mas implacable parecía.  
Que así va nuestra vida  
Caminando entre gustos y dolores  
Como fuente silvestre que escondida  
Por el sombrío bosque va perdida  
Zarzas bañando y campesinas flores.  
Así don Juan con la memoria triste  
Del cariñoso padre acongojado  
Vivió con su memoria  
En soledad un tiempo retirado,  
En jornada diaria  
Visitando su tumba solitaria;  
Mas sintiendo ceder su amargo duelo  
Y el alma serenarse cada día  
Volvió á la sociedad, y halló consuelo  
En lo que un tiempo su placer tenía.  
Y el consuelo por puntos aumentando  
Se iba por puntos en placer tornando.  
De su dolor testigos  
Con respetuosas chanzas y caricias  
A cercarle volvieron sus amigos,  
Y se iba á su presencia despertando  
Su corazón, sediento de delicias.  
Volvió á reír don Juan, volvió á sus ojos  
La viva luz del gozo y la esperanza,  
Volvió la soledad á darle enojos  
Y su opulencia le tornó á la holganza.  
Sus administradores

Cuentas á darle con afán vinieron  
De la herencia feraz de sus mayores  
Y á sus ojos pusieron  
Sus pingües rentas, por don Gil dobladas,  
Con mil cuidados y con mil sudores.  
Tendió don Juan los ojos satisfechos  
Por el risueño porvenir, y el mundo  
Halló tal vez con límites estrechos  
A su deseo libre y vagabundo.  
¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,  
Estos montones escondidos de oro  
Si en la oscura y pobrísima Palencia  
No me sirve de nada mi tesoro?  
¿He de gastar en mantas mis doblones  
O he de hacer de continuo á mis queridas  
Regalos de peludos bayetones?  
Quedarán, vive Dios, agradecidas!  
Murió mi padre, dueleme á fe mía!  
Pero no es menos cierto  
Que yo también me moriré algún día;  
Y si la vida á divertir no acierto  
Comprando mi placer con mi riqueza,  
¿No se aprovechará de mi torpeza  
Otro mas listo cuando me haya muerto?  
¡Adelante, don Juan, viven los cielos!  
Menos dicen que son con pan los duelos.  
No pasemos la vida  
En llorar como imbéciles mujeres;  
La riqueza gocemos adquirida  
Y hagamos amistad con los placeres.  
Y aquí don Juan, soltando de repente  
Ruidosa carcajada  
Que sin duda excitada  
Fué por recuerdo que acudió á su mente,  
Siguió diciendo: Y en verdad que ahora  
Pillaré descuidada  
A mi antigua Sirena encantadora.  
Vaya, vaya, don Juan, duelos aparte  
Y vamos á Madrid, donde á esperarte  
Saldrá sin duda alguna  
Con los brazos abiertos la fortuna.  
¡Madrid, sitio á propósito  
Para amorosos y reñidos lances  
De petardos y cábalas depósito,  
Y tela de aventuras y percances!

Vámonos á Madrid; es un capricho,  
Mas mi padre perdone  
Que á Patencia heredándole abandone,  
Que Madrid es mi patria, y está dicho.  
Damian, en este punto  
Los caballos ensilla,  
Y el claro sol al despuntar mañana  
Que fuera nos encuentre de Castilla.  
¿Qué distancia en don Juan menester era  
Para obrar y pensar de una manera?  
Todo era en él lo mismo, en un momento,  
Arregló sus negocios  
Conforme al concebido pensamiento,  
Y á las diez poco mas de una mañana  
Salió sobre una yegua jerezana  
Mas ligera que el viento,  
Y tres dias después desde la altura  
Del cano Guadarrama.  
De Madrid contemplaba la llanura,  
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento  
De la casa de Sirena  
En que trabó don Gonzalo  
Con don Juan una pendencia,  
Tienen ahora trabada  
Plática amorosa y tierna  
La ambiciosa bailarina  
Y don Lope de Aguilera.  
Ya sabes, lector discreto,  
De muy atrás quien es ella;  
Voy pues á darte noticias  
Del galan que hoy la corteja.  
Es don Lope un mozo ilustre  
A quien de la edad mas tierna  
Sus padres en Salamanca  
Dedicaron á las letras.  
Aplicóse él de tal modo  
O lo hizo de tal manera,  
Que se plantó la golilla  
De años veinte y dos apenas.

La curia escandalizóse,  
De tan imberbe colega  
Teniendo á menos el lado  
Con justísima vergüenza.  
Murmuraron los doctores,  
Y alborotóse la audiencia;  
Mas él les tapó la boca  
Con su suerte y sus riquezas.  
Presentóse el noble mozo  
Con impávida insolencia  
Al tribunal, despachando  
Sus negocios con franqueza,  
Y sus buelillos de encaje,  
Y sus hebillas con perlas,  
Y sus pajes ataviados  
Con magnificas libreas,  
Apararon los murmullos  
É hicieron al fin domésticas  
Las voluntades agrestes  
De la turba descontenta.  
Tornóse el ceño en sonrisa,  
En cortesía la befa,  
En rendimiento el desden  
Y la repulsa en ofertas.  
Y en fin, el poder que el mozo  
Tener en la corte muestra  
Cambió en baja adulacion  
La ojeriza golillesca;  
Mas él despues de humillarlos  
Dióles no mas por respuesta  
De alcalde de casa y corte  
La que recibió real cédula.  
Pues rico en merecimientos  
Con tamañas excelencias,  
Obtuvo ó compró una toga  
Y grande fama con ella.  
Dióse con brio á las leyes,  
Y aunque legislaba á tientas,  
Dió brujas al santo oficio  
Y vagos á las galeras.  
Dióle además la mania  
Para adquirir pronta y buena  
Fama en la corte, de hacer  
En las mozas una leva.  
Echó pues infatigable